

II.- La Profesora

15 de Abril de 2417

El silencio era más incómodo que la cama de un faquir. Hal no se atrevía a mirarla a la cara. Tenía las manos en los bolsillos y miraba absorto al suelo, donde arrastraba alternativamente un pie y luego el otro, levantando pequeñas nubes de arena y polvo. Todo el entusiasmo que se había adueñado del ánimo de Victoria cuando Hal le había dicho que esa noche la llevaría a aquel lugar se había desvanecido en un instante.

Allí se habían besado por primera vez, catorce meses antes. Era un polvoriento desguace de la zona deprimida de la superficie de Futura, donde un sofá razonablemente bien conservado ocupaba una privilegiada e íntima posición en una de las esquinas del solar. En las noches sin nubes, y en los momentos de su relación sin nubes, solían tumbarse juntos en los cojines marrón oscuro, y desde allí jugaban a contar estrellas y a imaginar que estaban en otro lugar, en otro mundo y en otro tiempo. Victoria recordaba tardes enteras en Canadá, en París, en las Galápagos. Tardes en las que no existían los Extraños, la vida era larga y el mundo un buen lugar en el que vivir.

Sin embargo, las nubes habían llegado unos meses antes a su relación, igual que al cielo de Futura. La puesta en marcha de un complejo de producción de armas, con sus seis enormes chimeneas, encapotaba constantemente desde hacía unos meses el cielo de la ciudad, y Victoria no tenía del todo claro qué era lo que flotaba sobre Hal y ella y no les permitía ver las estrellas, pero era la primera vez que visitaban aquel sofá en varios meses, y, por lo que su novio acababa de decir, probablemente sería la última.

Sentada sobre el respaldo del sofá, parpadeó incrédula.

– ¿Que has hecho qué? - preguntó simplemente.

Hal respiró hondo y dejó vagar la vista unos segundos.

– Me he alistado, Vic - dijo al fin – He superado las pruebas.

Victoria enterró la cara entre las manos, mientras las consecuencias de aquello le subían en forma de sangre por el cuello, que se encendió como un árbol de Navidad, y en forma de escalofrío,

por la espina dorsal. Cada décima de segundo una nueva perspectiva derivada de esa simple frase se abría ante ella, cada cual más aterradora que la anterior. Gimió.

- ¿Por qué... por qué has...? Santo cielo... - balbució.
- Lo siento, Vic.
- Es... es...
- Tenía que habértelo dicho antes.
- No... Dios, no...
- Tienes derecho a estar enfadada.

Victoria levantó la mirada, con la ira refulgiendo en los ojos azules.

- ¿¿En serio?? ¡¡Mierda, gracias, Hal!! - gritó - Es un alivio, joder ¡¡No me iba a enfadar porque pensaba que no tenía derecho!!

El chico sacó por fin las manos de los bolsillos y las puso frente a sí, en gesto defensivo.

- Eh, tranquilízate, ¿vale? Vamos a hablar de esto.
- Vete a la mierda.
- Escúchame, ¿quieres?
- No, Hal, no quiero - los ojos empezaron a traicionarla. No quería llorar - ¿A qué viene esto? ¿Qué pasa con nuestros planes? ¿Qué pasa con nuestra vida?
- Eso... - el chico volvió a apartar la mirada de Victoria - Eso ya no es lo que quiero.
- ¡Oh, genial! - Vic se levantó y se puso de pie sobre el amplio sofá, con la voz deformada por la angustia y un atisbo de un tono burlón - El gran Hal Garret Junior ha cambiado de prioridades... ¡que se pare el mundo!
- ¡¡Si, Vic, si!! Maldita sea, si.
- ¿De qué va esto, Hal?

Él la miró a los ojos unos segundos, con una sonrisa triste.

- Desde que nos conocimos, no hemos hecho más que holgazanear - dijo - y planear cómo vamos a holgazanear durante lo poco que nos queda de vida. La humanidad se está muriendo ahí fuera, Vic. Quiero que los hijos de los hijos de nuestros hijos puedan tener una vida de verdad.

Vic agachó la cabeza y soltó una risa amarga, cargada de dolor.

- No se qué me duele más. Que hables de nuestros hijos ahora que sabes que no los vamos a tener, o que a vivir felices le llames holgazanear.
- Todos tenemos que ayudar. Quiero hacer algo.
- ¿Sabes lo que me obligarán a hacer a mí, Hal? - Victoria miró de nuevo al muchacho, llorando ya abiertamente - El año que viene cumpla veinte años. Ya sabes lo que significa eso.
- Todos tenemos que ayudar - insistió él.

Victoria se rio de nuevo. Bajó del sofá de un salto y comenzó a andar de un lado a otro.

- No... no vas a ayudar, Hal – dijo, gesticulando - Vas a morir, ¿entiendes? Si no te acierta un disparo perdido de un Extraño en la cabeza, dentro de unos años se te empezará a pudrir la carne, como a todos. No vas a cambiar nada, y no es egoísta querer disfrutar del tiempo que te queda - le agarró la mano y le miró a los ojos - Tienes derecho a intentar ser feliz.
- Por eso lo he hecho - respondió él tras una pausa, soltando su mano - Esto es lo que quiero.

Ella sonrió con amargura.

- Entonces todo era mentira, ¿no? - sorbió - Todas las palabras de amor, todos los planes, todo eso de que te casarías conmigo...
- No. No era mentira. No entonces.
- Que te jodan, Hal.
- Vic...
- No me hables. No me vuelvas a dirigir la palabra, jodido bastardo - Victoria se secó las lágrimas con la manga de su cazadora, casi con violencia - Íbamos a casarnos. Íbamos a estar inscritos en el registro de parejas y tener una vida tranquila en el primer sótano. Y ahora me van a obligar a hacer de madre de alquiler.
- ¡¡Tal vez no sea tan mala idea, Vic!! ¿Nunca has pensado en hacer algo por la humanidad?
¡¡Nos están invadiendo!!

La chica sorbió por la nariz de nuevo y tomó aire violentamente, como si estuviera ahogándose.

- ¡¡Me obligarán a tener un hijo!! - chilló - ¡¡Me meterán dentro el semen de Dios sabe quién,

Hal!! ¡¡Me recluirán con el niño!! ¡¡Me pasaré el resto de mi vida cuidando de un hijo bastardo!! ¿¿Eso es lo que quieres que haga para ayudar??

Salió corriendo de allí, deseando desaparecer, fundirse en la neblina gris que emanaba de las chimeneas, ignorando que alguna vez había existido, ignorando los gritos del chico del que estaba enamorada, su única esperanza de vivir al margen de la guerra, la única familia que había conocido, que la llamaba a gritos por su nombre.

Cerca de una hora más tarde, llorando abrazada a sus propias rodillas en el claustrofóbico cubículo que llamaba hogar, Victoria no recordaba cómo había cruzado la superficie de Futura casi de lado a lado. No recordaba cómo se había identificado en el montacargas, y cómo había tropezado con casi cada pasajero, y cómo había descendido al segundo sótano de la ciudad, y cómo había vagado por sus apestosas calles hasta llegar a su pequeña celda.

El apartamento de Victoria era extremadamente modesto, como prácticamente todos los del segundo sótano. Quince metros cúbicos de paredes de algún material artificial, acolchados para hacer a la vez de suelo y cama, y decorados como la joven humildemente había podido, con dibujos de Hal, la única foto que tenía de sus padres, un par de plantas artificiales y el resto de las escasas pertenencias que había coleccionado en su vida adornando las paredes. La joven levantó la cabeza sorbiendo por la nariz, y apartó unos mechones de pelo negro que se le habían pegado a la cara con la humedad de sus lágrimas. Miró hacia fuera por las rendijas de la persiana, que dejaba entrar en el cubículo dos docenas de líneas perfectamente rectas de una extraña luz azul parpadeante, probablemente de algún holograma con propaganda que estuvieran proyectando en la calle.

No recordaba haber llorado tanto en su vida.

Ni siquiera era por el idiota de Hal, o eso quería pensar. "Que se suicide si le da la gana". Victoria se preguntaba qué iba a ser de ella. El hecho de tener pareja estable era un raro privilegio en Futura, y en general en la reducidísima humanidad del siglo veinticinco con su reducidísima esperanza de vida. La mayor parte de la gente se pasaba la vida trabajando, investigando, luchando o viviendo de la beneficencia. Ella había tenido la suerte de ser aceptada como profesora en uno de los colegios de la metrópolis, lo que le daba derecho a salir del nauseabundo tercer sótano, donde cerca de un millón de almas comía y dormía en enormes complejos apenas aclimatados, y entregaba todas sus posesiones a la Cámara que administraba Futura a cambio de la protección que les

garantizaba la ciudad, un suelo en el que dormir y un par de cuencos de una asquerosa papilla hiperproteínica al día. Su trabajo como profesora, además de garantizarle aquel pequeño pedazo de plástico en el que vivía, también le dejaba cierto número de horas libres al día, lo cual le había permitido centrarse en sus relaciones sociales y sentimentales. Las poquísimas parejas estables y con empleos designados de Futura, después de someterse a un riguroso estudio para demostrar que sus relaciones no eran montajes, vivían en apartamentos de hasta cincuenta metros cuadrados en el primer sótano, no tenían obligaciones en cuanto a la perpetuación de la especie humana y en general eran las únicas personas a las que las leyes del constante estado de emergencia de la ciudad permitían ser felices.

Todas las chicas solteras y sanas de veinte o más años eran usadas como madres de alquiler, bajo un elegante eufemismo. Si tenían trabajo y pareja, pasaban al primer sótano y estaban exentas de ello. Si tenían un trabajo pero no pareja, como era su caso desde hacía un par de horas, se elegía a una chica más joven para desempeñar la tarea y se enviaba a la anterior a las clínicas.

Existían unas cuantas formas de librarse de ello, y todas las chicas las aprendían muy pronto. Alistarse en el ejército como cadete y superar las pruebas para convertirse en soldado de la Atalaya. Hacerse explorador. Trabajar en las minas de más allá del Camino, con el constante riesgo que eso implicaba. Tener, o poder comprar y hacer pasar como propio, un ADN con alguna enfermedad incurable. Coseguir uno de los escasísimos puestos en la administración pública de la urbe. Hacer una generosa donación de comida o material reaprovechable, opción realista tan sólo para los refugiados que venían de las granjas de las Tierras Altas o, a veces, de otras ciudades devastadas por la guerra contra los alienígenas.

Victoria había pensado en cada una de las opciones, y decir que ninguna resultaba especialmente atractiva era como decir que el tercer sótano de Futura tenía un olor un tanto desagradable.

Se levantó y pulsó unas instrucciones en el terminal de la pared. Las persianas se levantaron lentamente, revelando la triste realidad de aquel nivel de la ciudad. La gente, en su mayoría chicos de menos de veinte años, se agolpaba en las calles tratando de cambiar comida por tabaco, buscando a los escasos comerciantes que aún aceptaban créditos, escuchando a predicadores de la Tropa del Dragón o buscando cualquier cosa con la que distraerse de la situación real. Los más afortunados lograban meter un pie en el círculo del tráfico de drogas, y podían huir de todo durante los pocos años que vivían. Aquella visión siempre deprimía a Victoria, especialmente al pensar que aquellos

que, como ella, habitaban ese nivel de Futura, podían considerarse unos privilegiados. Eran parte del diminuto porcentaje de la población que no estaba revolcándose en su propia mierda en el tercer subnivel.

Se apartó de la ventana casi bruscamente, y entró en el diminuto aseo. Se lavó la cara mientras se maldecía a sí misma por enésima vez, y se miró en el espejo. El pelo corto y negro, que normalmente le brillaba y caía suavemente jugueteando con sus mejillas, estaba apelmazado y sucio. Dos ojeras negras adornaban los habitualmente hermosos ojos azules, y tenía la nariz roja de tanto llorar.

Se enfadó consigo misma.

Se quitó el pijama, decidida a salir a la calle con la ropa más macarra que encontrara. Eligió unos tejanos azules clásicos, una camiseta blanca de tirantes y su cazadora negra. Aquella prenda no pasaría por cuero de verdad ni en un millón de años, pero a ella le encantaba. Abrió la caja que escondía bajo el minúsculo lavabo, que contenía sus pocas cosas de valor, y vació su contenido en los bolsillos antes de salir del cubículo sin pararse a pensar siquiera en que tendría que estar dando una clase en menos de tres horas. Cruzó su barrio de lado a lado, y abordó directamente a un camello que conocía que se hacía llamar el Gris, un chico mayor que ella, achaparrado, y con los primeros síntomas de apoptosis, cortesía del Génesis, bien visibles en los dedos índice y pulgar de su mano derecha. Le dijo al traficante sin rodeos que necesitaba ADN enfermo, y le soltó diez créditos a cambio del nombre de alguien que podría ayudarla. Caminó a paso rápido casi un kilómetro siguiendo las indicaciones del Gris, que le llevaron a un local apenas un poco más grande que su propio apartamento, en el que tres niños y cinco niñas yacían en el suelo con una probable sobredosis de Gámbito, una droga de moda en los suburbios que al parecer se obtenía a partir del plástico de las paredes de los cubículos. Allí, un chico de apenas trece años con una preciosa melena pelirroja y la mirada perdida aceptó una célula de energía al veinte por ciento de carga a cambio de darle un nombre. Le advirtió que la persona a la que iba a ver sólo aceptaba una moneda; cierta práctica sexual que Victoria sólo había escuchado nombrar un par de veces en su vida. Salió de aquel lugar totalmente resuelta a pagar aquel precio a cambio de su libertad. Un minuto después empezó a dudar.

Media hora más tarde, estaba de nuevo llorando en su apartamento, de nuevo abrazada a sus rodillas, de nuevo preguntándose qué iba a ser de ella. El despertador no tardó en sonar, señalándole que era hora de ir a cumplir con un deber que ya no tenía ningún sentido.

Lara apareció cerca de diez minutos más tarde de la hora a la que habían quedado, de modo que Victoria tuvo tiempo de sobra para compadecerse de sí misma, imaginar un futuro horrible, pensar en el suicidio y derramar alguna lágrima que aparentemente aún tenía guardada. Su compañera vestía un pantalón negro y una americana color tinto, y se adornaba el pelo con un pañuelo blanco justo encima de su larguísima y gruesa trenza. Victoria siempre había admirado la increíble melena rubio platino de Lara, y esa facilidad que la chica tenía para parecer elegante con cualquier cosa que se pusiera. Y aquellos ojos verdes avellanados. Y aquella actitud sociable que conquistaba a cualquiera.

Llevaba un día lo bastante horrible como para admitirse a sí misma, mientras observaba a su amiga acercarse con paso rápido, que no la admiraba. La envidiaba profundamente.

- Perdona que llegue tarde – dijo, dándole a Vic un beso en cada mejilla – Ya me he enterado. ¿Por qué lo has hecho?

Victoria se encogió de hombros con una sonrisa resignada. Había recogido sus cosas de su pequeño piso y dimitido de su puesto en la escuela a primera hora de la mañana, perdiendo así todos sus privilegios como ciudadana del segundo nivel. Futura era una jaula de grillos en la que se había conseguido estabilidad, demasiada estabilidad para el ciudadano medio, de modo que noticias como la dimisión de un profesor era un acontecimiento digno de ser contado una y otra vez en el centro. Victoria no podía sorprenderse de que la noticia hubiera llegado a Lara en menos de una hora; probablemente su marcha del colegio era lo más interesante que le pasaría a todos los empleados del mismo en todo el mes.

- Hal se ha alistado – respondió simplemente.

Lara se llevó una mano a la boca, con una mirada compasiva.

- ¿Por qué? - preguntó - ¿No íbais a...?
- Pues ya no – interrumpió Victoria forzando una sonrisa y conteniendo las lágrimas – Le ha entrado algún síndrome de superhéroe, y quiere luchar por los hijos que ya no quiere tener.
- Lo siento, Vic – dijo Lara, abrazándola – Sé que le quieres mucho.

Victoria contuvo su instinto de apartarse del abrazo de Lara. En aquel momento no podía decirse que sintiera más que rencor hacia Hal, pero necesitaba a Lara.

- Si, bueno – musitó – Unas veces se gana y otras se pierde, supongo.
- ¿Estás bien?
- No, Lara. No estoy bien.

Lara se apartó al fin y echaron a andar por el patio, un amplio solar de tierra anaranjada en el que los alumnos jugaban al béisbol y las alumnas cuchicheaban, delimitado por una malla metálica y adyacente a una planta de procesamiento de residuos que tenía literalmente permiso legal para provocar cáncer a los chavales, porque la Cámara consideraba que iban a morir antes de todas formas.

- Hacíais muy buena pareja – continuó Lara – Y a él se le veía ilusionado.
- Si. Teníamos muchos planes. Al parecer ya no sirven.
- Pero, ¿por qué dejar la escuela, Vic? - preguntó Lara – Aún te quedan unos meses antes de que te convoquen para la Maternidad Asistida. Sólo tienes dos semanas de gracia en el sótano dos ¿Piensas vivir en el tercer sótano desde entonces o qué?

Victoria desvió la mirada.

- En realidad... de eso quería hablarte – dijo.
- ¿De qué?
- Bueno, tú... siempre andas hablando de tu prima Esther. Ya sabes, la del primer sótano, la que trabaja en el hospital.

Victoria percibió con el rabillo del ojo cómo el gesto de Lara se endurecía.

- Había... había pensado que a lo mejor podrías ponerme en contacto con ella – continuó – Yo podría hacer de auxiliar sanitario, ya sabes que no me preocupa el trabajo duro, y que se me da bien la gente. No me malinterpretes, no es que...
- ¿No es que qué? - la cortó Lara - ¿No es que quieras huir de tu deber?

La mujer se detuvo. Vic avanzó un par de pasos antes de parar también, mirando al suelo.

- Quieres librarte de la Maternidad.

Victoria asintió tras unos segundos.

- ¿Te das cuenta de que la humanidad depende de programas como ese?
- Sí – susurró Vic, girando lentamente hacia Lara y sin dejar de mirar al suelo.
- “Una sola voluntad”, ¿recuerdas? Si no colaboramos...
- Lo sé, Lara.

Lara miró a su alrededor con gesto nervioso.

- Estoy a favor de la defensa activa, Vic. Estoy a favor de la perpetuación.

Otra larga pausa.

- No lo sabía – dijo Victoria.
- Lo siento, Vic, no puedo. Es... ¿es ésto lo que significaba Hal para ti? ¿Una forma de escapar? ¿De no ayudar a...?
- Te estoy pidiendo ayuda, Lara – interrumpió Vic sin mirarla – Te estoy suplicando que me ayudes. Te estoy diciendo que no quiero vivir así, y que estoy en tus manos. Que me quedan cinco años de vida, y si tú no haces algo serán cinco años de infelicidad, ¿entiendes? Ya... - se detuvo un momento para suspirar profundamente – Ya sé que no somos tan amigas, ¿de acuerdo? Pero... Lara, necesito vivir. Esto no es vivir, y lo que me van a obligar a hacer no es vivir. Te estoy pidiendo compasión hacia otro ser humano, Lara. Te lo ruego. Me arrodillaré si eso es lo que quieres – hizo otra larga pausa – Ayúdame.

Lara guardó silencio largo rato.

- No – dijo al fin, antes de darse la vuelta y marcharse.